

TÍTULO: *Pupila de águila*

AUTOR: Alfredo Gómez Cerdá

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Martina giró despacio el pomo de la puerta y empujó con suavidad. Asomó la cabeza y miró a un lado y a otro del pasillo. Las visitas se habían marchado y el silencio era casi total. Arrastró su pierna hacia el exterior, apoyándose en el quicio de madera. Sintió un leve pinchazo en el tobillo y no pudo contener una exclamación de dolor.

-Quejica -se burló Clara, la joven enfermera que la había atendido después de la operación y que en ese momento atravesaba el pasillo con un montón de carpetas en la mano.

-Si te doliese a ti... -se lamentó Martina.

-¿Te ayudo?

-No, gracias. Ya puedo moverme sola. No soy una inválida. Si quieres, hasta te llevo alguna carpeta.

-¡Qué valiente!

-El doctor Fernández me ha dicho que ande. Quiero que mañana me dé el alta.

-¡Qué ganas tienes de perderme de vista!

-A ti no. Eres... la mejor enfermera del mundo.

Clara rió con ganas. Le dio unas cuantas carpetas y la cogió del brazo.

-Tú, no es que seas la mejor paciente del mundo, pero... se te puede soportar.

-Estoy deseando volver a la calle. Sentir de nuevo el aire contaminado, el ruido... No sé, esas cosas.

-Pero si sólo llevas tres días aquí...

-¡Tres días! ¡Una eternidad!

-¡Exagerada! ¿Se han ido tus padres ya?

-En este momento estarán sacando los billetes para el expreso de esta noche.

-¿Se vuelven al pueblo?

-Mi madre quería quedarse unos días más, pero no la he dejado.

-¡Qué mala eres!

-Mis hermanos están solos en el pueblo y yo estoy bien. Podría hasta bailar.

-¡Hala!

-¿Que no?

Martina se volvió de pronto hacia un lado y dejó sobre una mesita las carpetas que llevaba; a continuación tomó a la enfermera por la cintura y, con la pierna a rastras, inició unos pasos de baile.

-¿Te gusta el vals, o prefieres un rock and roll?

-¡Suéltame! -Clara no podía contener la risa-. No seas loca, te vas a hacer daño.

-El Danubio azul -continuó Martina.

De pronto, la última puerta del pasillo, la que dividía los dos pabellones, se entreabrió y por la rendija asomó un rostro anguloso, con unas gafas milagrosamente sujetas en la punta de una nariz descomunal.

-¡Ejem! -carraspeó el rostro anguloso-. ¿Qué sucede aquí?

Clara se separó al momento de Martina, sujetándola siempre del brazo por miedo a que pudiera perder el equilibrio.

-Disculpe, doctor Serrano, es que...

Y aunque lo intentó, adoptando extrañas posturas, no consiguió sujetar las carpetas, que cayeron al suelo con estrépito.

El rostro anguloso abrió unos ojos como platos. Martina se dirigió a él.

-El doctor Fernández me ha dicho que ande. Es parte de mi rehabilitación. Clara me estaba ayudando.

El rostro anguloso volvió a carraspear y desapareció tras la puerta, que volvió a cerrarse lentamente.

Clara arrimó a Martina a la pared.

-Apóyate, no te muevas.

Luego, se agachó y comenzó a recoger las carpetas con rapidez.

-Acabarán echándome del hospital -se quejaba la enfermera.

-A ti no pueden echarte del hospital.

-¿Ah, no? Tú no conoces al doctor Serrano. Es un chinche. Además, no soy fija todavía, y este hospital tiene unas normas muy rígidas. Si no las cumples al pie de la letra, a la calle.

-Se ha creído que me estabas ayudando. Clara terminó de recoger las carpetas.

-Si hubiese sido otro, pero el doctor Serrano...

-¿Adónde vas?

-Tengo que dejar estas carpetas en la sala de enfermeras.

-Te acompaño.

-¿Quieres ponerme en otro compromiso?

-Seré buena -Martina juntó sus manos, en actitud suplicante-. Por favor, déjame ir contigo.

-Anda, vamos; pero yo llevaré las carpetas. Apóyate en mi hombro.